

está tambien en la Prefectura de policía; son rehenes, segun me han dicho. Rogad, rogad por mí, Padre mio; oh! cuan feliz seria en dar la vida por nuestro Señor.»

No: la Commune habia designado ya sus víctimas; ó mejor, mucho antes que ella, Dios mismo habia escogido sus mártires.

LA CONSERJERÍA.



En adelante va á circunscribirse necesariamente nuestra narracion. Hasta aquí hemos debido seguir las diversas escenas y pasar de una casa á otra; ahora no tendremos por teatro mas que una cárcel y un calabozo.

Nos ha sido tambien preciso juntar á los nombres de las víctimas los de algunos de sus hermanos, porque su suerte se hallaba confundida todavía. Pero la eleccion está hecha, la separacion consumada y no tenemos mas que sostenernos en el cuadro trazado por la Commune.

La Conserjería fué pues la primera estacion en la via dolorosa. El P. Ducoudray lo habia de antemano todo previsto y aceptado. El principe R. de Broglie nos escribia el 4 de junio: «En mi vida, olvidaré la visita que le hice el 19 de marzo, su benévola acogida y su paternal interés por mi sobrino. En esta entrevista, el Reverendo Padre me pronosticó todo lo que ha sucedido: «antes de poco, me dijo, serán cerradas nuestras iglesias, devastadas nuestras casas, arrestadas nuestras personas, y Dios sabe quien volverá á encontrar su libertad. Los actos que van á producirse tendrán un carácter particular de odio contra Dios, y lo que es bien triste de decir por un sacerdote, no hay otro argumento con los desgraciados que son dueños de París, mas que el cañon: he ahí siete meses que vivo en medio

de estos hombres, y no he encontrado todavía un corazón ó una alma honrada.»

El Sr. conde de Beaumont escribía también el 31 de mayo: «No puedo acostumbrarme á la idea de no volver á ver á ese buen P. Ducoudray, por el cual habría dado mi vida; conservo preciosamente su última carta, escrita muy poco antes de su prision y en la cual me decía textualmente: «Vivimos en un tiempo en que es más fácil saber morir que saber vivir.»

Desde el principio de su incomunicación, el Padre Ducoudray había pedido tener á uno de sus hermanos por compañero de cautiverio; hasta designó especialmente al P. Alejo Clerc, hombre excelente y santo religioso, de carácter el más placentero y del más generoso corazón. Este contestó con júbilo á la consigna que lo llamaba á la muerte.

El día siguiente, 5 de abril, el P. Ducoudray y el P. Clerc escribían cada cual por su parte, y en billetes que llevaban el refrendo y el sello del estado mayor de la plaza, pedían para los diez y nueve detenidos de Santa Genoveva que nada habían podido llevar consigo, algunos objetos de primera necesidad.

El jueves santo, 6 de abril, hubo un pequeño instante de gozo en la sala común, cuando se recibió de parte del P. Ducoudray, como un último recuerdo de su caridad, una copiosa provisión de ropa blanca y comestibles. Pero bien pronto sucedió á ella una verdadera consternación; el P. de Bengy es llamado para ser trasladado con otros prisioneros de la Conserjería á Mazas. A hora bastante avanzada de la noche, un carruaje celular, dividido en ocho compartimientos cuidadosamente cerrados y separados unos de otros, se llevaba, con Monseñor el arzobispo y el Sr. presidente Bonjean, á los PP. Ducoudray, Clerc y de Bengy. Pronto les seguiremos.

Felizmente para los detenidos de la Sala, en número todavía de diez y siete, sobrevino entonces en el Hôtel de Ville un momento de indulgencia, y á través de muchas peripecias que no son de mi incumbencia, fueron puestos en libertad el 12 de abril después de nueve días de cárcel.

Quedaron solamente en la Conserjería el P. Olivaint y el P. Caubert, ambos en los calabozos secretos, sin comunicación posible.

Ahora bien! desde este momento, creo á la verdad describir un episodio de las catacumbas. La Iglesia es siempre fecunda en almas generosas; pero en la persecución sobre todo es donde se descubre el fondo de los corazones; y si por una parte hay en los mártires una paciencia mayor que todos los dolores, hay en los cristianos una caridad más fuerte que la muerte misma.

Quedó organizado enseguida y funcionó sin interrupción hasta el fin un pequeño servicio de abastecimientos y circulación de correspondencias. Se llevaban provisiones tres veces por semana; según veremos se supo obrar mucho mejor todavía. Pero dejaremos en adelante á los cautivos hablarnos ellos mismos y revelarnos su alma, contándonos su vida. Desde el fondo de su calabozo, ellos solos pueden ser sus propios testigos. No tengo más que copiar las cartas cuyos autógrafos tengo á la vista.

El primero de estos mensajes es del P. Olivaint, fechado el 7 de abril, el viernes santo.

«Cuántas gracias os doy! pero dadlas conmigo á Nuestro Señor. Vela tan bien sobre los suyos, que no siento, á la verdad, ninguna necesidad. Aquí todo el mundo es muy bueno; pero nada más puedo deciros. Confianza, valor! Repitamos todavía y siempre: cuán bueno es el Señor!»

El 8 de abril, escribe el P. Caubert: «La confianza en Dios da fuerzas, y Nuestro Señor es el sosten de los que en él confían. Gracias por vuestras oraciones! Aprovecho este descanso forzoso para hacer mi retiro anual. No estarán demás algunas pequeñas provisiones, si es posible; sino, *fiat!* segun la voluntad de Dios! Nuestro Señor nos ha dado el ejemplo de sufrir.»

El mismo dia, el P. Clerc escribia desde Mazas á M. Julio Clerc; su hermano, una carta que consignamos aquí, para colocarla segun su fecha.

Despues de haberle pedido algunos libros de matemáticas y todos sus papeles abandonados en su cuarto en la Escuela, añade: «Me encuentro muy bien, estoy muy contento, y con esos libros, desafiare indefinidamente el fastidio; que no se ha presentado todavía.»

Tenemos tres cartas del 9 de abril, el santo dia de Pascua. Para un corazon cristiano, existen siempre y en todas partes las fiestas, hasta en la cárcel.

«Estoy seguro de adelantarme á vuestros deseos, dándoos noticias mias, escribe el P. Olivaint. Con un poco de imaginacion, me creéis muerto ó á lo menos bien desgraciado. Salid de vuestro error y tranquilizad á los que tuvieren la bondad de inquietarse por mí. Vais á encontrar que tengo un singular carácter; pero no estoy verdaderamente mal aquí. He empezado mi retiro al llegar: de este modo, vivo mucho mas en el corazon de Dios bondadoso que en mi pobre celda; engaño así á los lugares, los tiempos, los hombres y los acontecimientos; me aprovecho de todo y estoy muy contento. He hecho ya tres dias de retiro. Con tal de que se me dé tiempo de

concluir! Ah! qué he dicho? Es preciso retractar prontamente esta palabra; mucho mas deseo vivamente, para todos mis compañeros, que la prueba no dure ocho dias. Pero como concluirá? En qué punto de ella estamos? Qué pasa? Qué quieren de nosotros? De qué somos acusados? Nada sé de todo esto. Pues bien, en manos de la Providencia! Ni un solo cabello de mi cabeza caerá sin permiso del Señor, he ahí lo que sé perfectamente; y si hace caer el cabello, y aun otra cosa, será para mi mayor bien. Pero no soy digno de sufrir por él, á lo menos trate yo con el retiro de hacerme digno de ello...

«Ahora algunos encargos: primeramente procuradme un paseo en miniatura de un kilómetro, que pueda dar grandes paseos en mi cuarto, porque no hemos podido todavía poner el pié fuera. Si encontrais tambien aire condensado, como la leche á la inglesa, por la misma razon que permanecemos encerrados, os quedaría muy agradecido de su remesa. Heos ya, bien embarazado y afligido, estoy de ello seguro, viendo vuestra entrañable solicitud detenida por lo impracticable. Consolaos: las bromas os dicen bastante que en el fondo no tengo necesidad de nada.

«Gran privacion es el estar aquí por Pascuas. Pero paciencia! No dejemos por esto de cantar de buen corazon la *aleluya*. Confianza! Confianza!

El P. Caubert, por su parte, hacia pasar este billete fechado el mismo dia: «Gracias por vuestras provisiones! Es menos fácil el unirse á Dios, cuando se tiene próximamente todo lo necesario. El sacrificio ayuda mas que todo el resto á encontrar á Dios y no apoyarse mas que en él. Creo que el P. Olivaint va bastante bien, porque no nos vemos. Se tienen fuerzas cuando se pone la confianza en Dios y se abandona uno

á su Providencia completamente paternal. La moral sostiene al cuerpo. Lo experimento bien, desde que estoy cautivo por Nuestro Señor y no saliendo de mi encierro.»

En fin en Mazas, como en la Conserjería, se gozaba encadenado de las alegrías pascuales, y el P. Clerc dirigia á su hermano una carta que se refiere á este día :

« Mi querido Julio :

« *Hoy es la fiesta de las fiestas, la Pascua de los cristianos, el día que el Señor ha hecho!* No ha habido para nosotros misa que decir ni oír, pero ha habido el gozo y la paz en el Señor.

« Como tus remesas son mucho mas abundantes de lo que yo necesito, me queda demostrada tu intencion de venir en socorro de mis compañeros de cautiverio, y si soy feliz en expresarte mi reconocimiento por tu fraternal amistad, lo soy mucho mas en hacerlo por tu caridad; es la mas excelente de todas las virtudes, y que no será reemplazada por nada mas excelente, ni aun en el cielo. Y tambien, no solamente te doy las gracias, sino que te felicito, porque sé que Dios no te dejará sin recompensa por tu celo en subvenir á las necesidades de los que sufren por su nombre.

« Es para mí un nuevo y vivo consuelo el verte asociado á nuestra tribulacion. Estoy de ello no solamente contento y orgulloso por lo que á mí toca, si que tambien por tí; y espero que esta es para tí y los tuyos la primera de las gracias, en una série mas abundante que anteriormente, que Dios derramará sobre todos vosotros.

« No te inquietes mas por mí; pon tu familia en seguridad,

es lo que corre mas prisa. No tengo además ninguna necesidad de que darte conocimiento. Tengo ropa blanca suficiente y dinero para procurarme alimentos.

« Me disponia esta mañana á almorzar en el momento que llegó tu recado; he hecho honor á todo. Este encuentro tan oportuno es una de las mil delicadezas de la providencia de Nuestro Padre que está en los cielos. Bendito sea él, y el instrumento que ha escogido para hacerme llegar sus beneficios! No quiero pedir á la Prefectura el permiso de tener libros en mi cuarto, no por miedo de una negativa, ni para ahorrarme el reconocimiento, sino por mejores y mas altas razones. Por otra parte con la Biblia, tengo para alimentar mi alma mas tiempo del que estaré preso, aun cuando debiera morir aquí de vejez. Que Cárlos, que me enseña á sufrir el mal con paciencia, quiera en fin aprender de mí el suportarlo con Nuestro Señor; encontraría el secreto de sufrir con gozo y con fruto.»

Aquí concluye la primera série de correspondencias que hemos podido recoger; á datar del 9 de abril, hay una interrupcion hasta el 17. A esta época sin embargo, se refieren todavía algunos detalles dignos de recuerdo.

Hé aquí primeramente un homenaje rendido al P. Olivaint, tan honroso seguramente para su autor, como para aquel á quien se dirige: el uno habia ejercido la caridad, el otro practicaba el reconocimiento.

Un día, vino un eclesiástico á encontrarme en Versalles:

« Soy el cura de Montmartre, me dijo, he venido aquí encargado de un mensaje de Mon. el arzobispo de París para el Gefe del poder ejecutivo. He visto á Mr. Thiers y tengo su respues-

ta: es negativa y sin duda me será fatal; pero no importa, he empeñado mi palabra al salir de París; debo y quiero rescatarla volviendo á entrar. Sin embargo, antes de partir, tengo una deuda que pagar. Yo mismo soy uno de los prisioneros de la Conserjería; pero como allí carecia de todo, el buen P. Olivaint, instruido de mi penuria, tenia la caridad de hacerme participar de sus pequeños recursos. Tenia interés en darle las gracias, pero no es ya permitido el llegar hasta él y á lo menos he querido espresaros mi reconocimiento.» — Dicho esto, aquel digno sacerdote se pone de rodillas: «Padre mio, añade, dadme vuestra bendicion, parto como si fuera á la muerte.» Nos arrojamos llorando en los brazos uno de otro, y desapareció.

Sin embargo la Commune de París, esta vez al menos, se picó de honor; y el nuevo Regulo, á su vuelta, fué puesto en libertad.

En fin el jueves 13 de abril, el último dia pasado en la Conserjería fué marcado por un acontecimiento que borraba todos los demás. Despues de haber inquirido mucho, se concluyó por encontrar un camino seguro para hacer llegar á los dos cautivos, no solo un consuelo, sino al mismo Consolador. El Dios oculto se ocultó mas todavía; sin ser visto ni aun de los carceleros, entró, y la cárcel se convirtió en una *casa de Dios* y pareció como *la puerta del cielo*.

Era ya tiempo por otra parte de dar á los dos mártires el divino cordial. Algunas horas mas tarde, el P. Olivaint y el padre Caubert iban á juntarse con los tres que los habian precedido á Mazas, haciendo una última parada á mitad del camino de su calvario.

MAZAS.

La prision de Mazas, situada en el boulevard del mismo nombre, está construida, como es sabido, segun el sistema celular. A la puerta de la odiosa mansion, el movimiento se para y la vida misma se extingue; el aislamiento es allí completo, y los desgraciados detenidos son enterrados vivos. Desde el 13 de abril hasta el 22 de mayo, no tendremos pues, mas que la monotonía del secreto. Y sin embargo, esta parte de nuestra recopilacion no es solamente la mas larga, sino segun mi parecer y sin comparacion, la mas íntima y la mas rica. Contiene pocos hechos, pero muchas cartas, y son nuestros cautivos mismos que, sin poder ponerse de acuerdo, nos han escrito el diario de su cautiverio. Despues de algunos dias solamente, las inteligencias habian sido reanudadas y las comunicaciones se encontraron establecidas con Mazas.

El P. Ducoudray abre esta segunda série por una carta en regla, en la cual da cuenta á su superior de la situacion y de sus disposiciones personales.

« Mi Reverendo y muy querido Padre provincial,

Pax Christi.

« Trato de penetrar hasta vos... y si no es para hablaros *os ad os*, á lo menos para daros señales de vida, y deciros cuanto me urge el aproximarme mas á vos.

« Vos conocéis nuestra historia y sus tristezas..... aquí, paso mucho tiempo en orar y un poco en sufrir. El aislamiento, la separación, las incertidumbres, y sobre todo la privación de celebrar la santa misa, hasta de asistir á ella, es bien cruel!

« Ninguna comunicación posible *cum concaptivis meis*. Están ahí cerca de mí, en el mismo corredor; esto es todo lo que sé.

« Hé aquí la parte que la voluntad de Dios nos ha destinado. Por lo que á nosotros toca no tenemos mas que seguir el consejo del apóstol: *in omnibus exhibeamus nos metipsos, sicut Dei ministros, in multa patientia, in tribulationibus, ... in carceribus, in seditionibus, ... per gloriam, ignobilitatem, per infamiam et bonam famam.* (1)

« Sentir de muy cerca *improperium Christi*, no es una gran gracia?

« Rogad y haced rogar mucho..... un pequeño puesto, si os place, en cada *memento* de vuestras misas, y entonces *per orationes vestras spero me donari vobis.*

« Será esto muy pronto? Como mas agrade á Dios.

« En unión de nuestros santos sacrificios.

« *R^e V^e humillimus servus in X^{to} et addictissimus filius.*

« L. DUCOUDRAY. »

(1) Mostrémonos en todas las cosas ministros de Dios, por una gran paciencia en las tribulaciones, en las cárceles, en la gloria y en la ignominia, en la buena y en la mala reputación. (II Cor. VI, 4-8.)

El 17 de abril, el P. Olivaint escribió á uno de sus hermanos:

« Querido amigo: he recibido vuestra buena carta, la cual me ha causado gran placer. Dad atentamente las gracias en mi nombre á todas las personas que se interesan por mi suerte. Decíles que no hay para que compadecerme: salud bastante buena; ni un solo momento de fastidio en mi retiro que continuo hasta el fin; estoy en el décimo tercero día, en plena pasión de Nuestro Señor, que se muestra bien bueno para los que ensayan el sufrir algo con él. Seamos mas y mas con Dios. Nada sé de mis compañeros. Cuento con los libros que os he pedido. Afectos á todos. Vuestro de corazón. »

El 18 de abril, Mazas contó dos huéspedes mas, el P. Ives Bazin y el hermano coadjutor René Aurière. En el momento mismo en que iban á evadirse de París, son reconocidos en la estación del Norte por el ciudadano Le Moussu, comisario de policía, é inmediatamente arrestados. Consignados primero á la sala de asilo de Montmartre, despues conducidos á la Prefectura de policía, para ser allí interrogados, desde que se hubo probado que habitaban en el n.º 35 de la calle de Sévres, fueron definitivamente encerrados en la prisión de Mazas. He debido introducir aquí á ambos, á lo menos señalarlos en mi relación, puesto que han compartido el cautiverio de Mazas y hasta de la Roquette; pero como he hecho ya con sus hermanos encarcelados, despues libertados en la Conserjería, soy feliz en poder descartarlos tan pronto. La Commune los habia tambien condenado á muerte, pero esta sentencia no fué confirmada por el Cielo, y la Providencia misma borró sus nombres inscritos en la lista de las víctimas.

Tenemos del 19 de abril dos billetes del P. Olivaint.

« Gracias por vuestra carta, querido amigo. Muchos de mis billetes han debido evidentemente perderse. No he recibido de vos en la Prefectura mas que la *Doctrina del P. Lallemand*, á la cual se ha unido una *Imitacion*. Si habeis enviado otros libros, haceldos reclamar porque yo nada he recibido.

« No he oido decir que fuera prohibido aquí el recibir libros de afuera. Si es así, me someto á esto como á todo el resto: *voluntarie sacrificabo tibi*; si no, cuento con vos.

« Quisiera tener una Biblia latina, en caracteres bastante grandes, el comentario sobre los salmos de Bellarmino, nuestro pequeño *Thesaurus*.

« Nuestros guardianes son muy buenos. Tenemos paseo todos los días. No tengo un momento de fastidio: *no soy tan necio!* Décimo quinto dia de mi retiro.

« Algunas pequeñas miserias en la salud, que sentiría lo mismo en otra parte.

« *Ad majorem Dei gloriam.*

« Muchas cosas á todos.—Vuestro de corazon.»

El mismo dia el P. Olivaint dice á otra persona: « No habeis pues recibido mis cartas; confio en que esta llegará con felicidad hasta vos. Os doy gracias del fondo del corazon por vuestra caridad para con los pobres prisioneros. He aquí una obra que no habia comprendido lo bastante antes de estar preso. Pero cuán bien las practicais, casi diré demasiado bien!

« No, el tiempo no me parece tan largo. Continuo mi retiro, sin fatigarme.

« Me guardo bien de aburrirme con Dios bondadoso.

« En suma, salud buena, y corazon alegre.

« Mil gracias aun. Todo vuestro.»

El 20 de abril, el P. Olivaint insiste en tener los libros que ha pedido ya:

« Pueda esta esquila llegaros! Os lo suplico, mandadme los libros. He recibido hoy nuevas provisiones: dad las gracias en mi nombre. Pero los libros me serán muy agradables. Todo continua marchando bien *in Domino*.»

El P. Caubert hacia tambien algunas demandas el 21 de abril y añadia esta nota:

« Mi salud se sostiene bastante bien: paz y confianza.»

El 22 de abril, el P. Olivaint habia recibido los libros tan deseados, escribió por un lado: « Cuantas gracias os doy por los libros que he recibido ayer! Pero la Biblia no está completa. Esta tarde, queriendo preparar mi meditacion, me he encontrado chasqueado. Faltan los Profetas, lo mismo que los Evangelios. En cuanto podais me recomiendo á vos para obtener la continuacion.

« Nada nuevo en el pais que habitamos.— Todo va bien *in Domino*.»

Escribió por otro, siempre á este propósito:

« El Señor Director ha tenido la bondad de hacerme remitir los libros. Os estoy altamente reconocido de habérmelos enviado. Os doy gracias tambien por todo lo demás; pero á la verdad es quizás demasiado, tanto mas cuanto que no me es permitido, como de buena gana lo desearia, enviar algo á otros desgraciados, por los cuales nadie se interesa en este mundo.

« Estad persuadido que obraré con entera franqueza, y sabré perfectamente ó pediros ó procurarme aquello de que pueda tener necesidad. Suceda lo que suceda, tengo empeño en

que se me encuentre dispuesto. En suma voy verdaderamente bien respecto al cuerpo, y en cuanto al espíritu, me parece que estoy haciendo un retiro lleno de bendición. *Deo gratias!*

« Dios os devolverá cuanto por nosotros haceis. »

Con esta misma fecha 22, el P. Clerc escribía también á su hermano: « Se oye noche y día rugir el cañon, luego se están disputando los fuertes y continuamos, después de los prusianos, el sitio de París; pero los prusianos hubieran tardado todavía largo tiempo antes de tomarlos á viva fuerza. Infero de aquí, y ya ves que mis datos no son numerosos, infero sin embargo que el sitio y mi detención pueden no concluir mañana. Tengo seguramente para algunos días con el libro que me has dado, pero desearía otro. »

Después de haber indicado un cierto número de obras de matemáticas añade:

« En fin si puedes también procurarme la *Suma teológica* de santo Tomás, estaré provisto por largo tiempo. »

« En cuanto á alimentos y ropa blanca, no carezco de nada y la caridad de alguna buena alma provee á ello. »

« No me has contestado? Tu contestación á mi última carta no me ha sido entregada? Nada sé. Se habla de la clausura de los conventos de monjas: la de Mazas no es de despreciar. »

« Te recomiendo sobre todo que no te comprometas en nada por mí, lo que te mando á pedir es lo supérfluo y no lo necesario. Así no vayas á hacerte prender por venir en mi auxilio; esto no serviría para nada, y tu no estás en las mismas condiciones que yo para tomarlo con paciencia. »

En fin el P. Caubert decía á la señora Lauras, su hermana: « No te tomes la molestia de venir así todos los días á saber noticias

mias, puesto que no te permiten verme. Es una caminata demasiado larga para tí. Una vez por semana sería muy suficiente. »

« Además mi salud se sostiene bastante bien y no tengo necesidad de nada en este momento. He escrito á una excelente señora que vaya á verte, para consolarte un poco con sus buenas palabras. — Orar y confiar! »

Al 23 de abril se refiere un incidente notable, al menos por su rareza, en la historia de Mazas. La incomunicación de los formidables calabozos fué de pronto aligerada para uno de los detenidos. Bien se recuerda, bajo el imperio de la Commune había tanta anarquía como tiranía; los sistemas se suplantaban y los decretos se destruían, á medida que los personajes se devoraban unos á otros; tan pronto prevalecía un partido relativamente moderado, tan pronto un partido más violento, hasta la hora inevitable de los furiosos, esta clase de hombres, me decía un soldado, *que han concluido de hacerlo bien*. Un intervalo de moderación fué pues aprovechado.

Una persona apasionadamente adicta, una madre reconocida por la educación dada á sus hijos, vá á encontrar un miembro de la Commune, al cual ha tenido ocasión de prestar un servicio, y en recompensa, pide solamente una gracia, un permiso para visitar al P. Ducoudray en el locutorio de Mazas, con esta cláusula expresa que podrá hacerse acompañar por otra persona para entrar en la sombría mansión. Así se hizo: la primera entrevista tuvo lugar el 23 de abril; otras la sucedieron el 27 y 30 de abril el 1 y 4 de mayo. Mas allá todas las tentativas fueron inútiles: se entraba en el período del terror. Pero si el ojo de los carceleros no lo sospechó en modo alguno, se adivina ya, que el caballero que acompañaba á la servicial visitadora era ni más